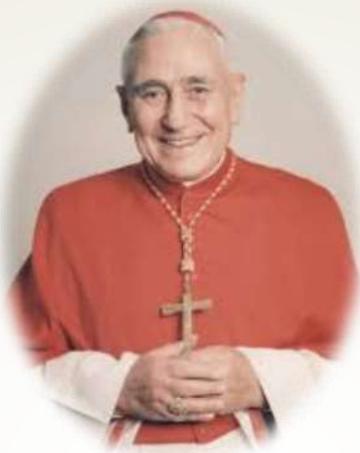




Del libro "Profeta de Esperanza" – Beato Eduardo Pironio – publicación de la ACA



A LOS ASESORES Y MIEMBROS DE LA ACCIÓN CATÓLICA ARGENTINA

Bogotá, agosto de 1970

Mis queridos hermanos y amigos:

Hubiese querido participar con ustedes de las Asambleas Nacionales de la Acción Católica Argentina. Incluso hubiese sido mi deber, como Asesor General de la Junta. Pero no he podido. Sabrán ustedes comprender y disculpar mi inasistencia.

Me hubiese gustado mucho estar entre ustedes como un hermano y amigo que alienta, que escucha, que aprende. Para sentir juntos el dolor fecundo de nuestra Iglesia en esta hora. Para ayudarnos a descubrir juntos la voz del Espíritu que hoy nos habla a través de las tensiones y las crisis. Para comprometernos a decir juntos que sí al Señor, con toda el alma, desde la pobreza y disponibilidad de la Virgen, Nuestra Señora.

No es posible mi presencia física. Tampoco importa demasiado. Vale más la seguridad de mi oración, la sinceridad de mi afecto, la alegría esperanzada de mi cruz. Todo lo ofrezco por el fruto espiritual de la Asamblea.

Quizá tenga que decirles, sin embargo, mi sencilla palabra de despedida.

Hace tres años el Episcopado me nombró Asesor de la Junta Central. Pude hacer muy poco, casi nada, pues me vine enseguida a Bogotá. Pero puedo asegurarles que acepté el cargo con un cariño inmenso. Con sinceros deseos de ser útil. Con optimismo sobre natural (siempre lo tuve y lo prediqué).

Tenía fe (y la sigo teniendo) en la validez y eficacia de la AC. Tenía confianza en los magníficos dirigentes y en los generosos militantes. Tenía, sobre todo, seguridad en mis queridos hermanos y amigos, los dos Vice Asesores de Junta: Padre Moledo y Padre Erro. Con ellos hemos siempre conversado y decidido todo. Ellos llevaron la parte más dura y difícil. Puedo asegurarles que todo se hizo en común. Pero lo bueno es de ellos.

Por lo mismo quiero agradecerles: a ellos y a los demás Asesores de las distintas ramas, con quien hemos buscado compartir siempre nuestros proyectos e inquietudes. Uno de ellos -el querido Padre Blanes - nos acompaña hoy desde la Luz del Padre. A todos los



Asesores les agradezco su amistad fraterna, su entrega generosa, su auténtica fidelidad a la Iglesia.

A los queridos amigos de la Junta deseo agradecerles su confianza, su lealtad, su testimonio ejemplar.

Doy gracias al Señor porque me hizo descubrir y querer a la AC. En mi larga vida sacerdotal la quise siempre y la seguiré queriendo. Me hizo mucho bien sacerdotalmente. El laicado me exigió siempre mucho: en lo espiritual, en lo doctrinal, en lo apostólico. Hoy me siento feliz por sus exigencias. Se las agradezco y las extraño.

Lo que pienso sobre la AC lo he escrito y predicado muchas veces. Hoy simplemente les diría, como despedida, estas tres cosas (para no perder la costumbre):

1. **Busquen profundidad.** La que viene del silencio y de la oración, del estudio y la reflexión, de la interpretación evangélica de los signos de los tiempos. No se queden instalados en el monte de la Transfiguración (Mt. 17,4), ni abrazados para siempre de los pies del Maestro resucitado (Jon. 20,17). Vayan y cuenten lo que *«han visto y oído»* (1 Jon. 1,3) y anuncien a los hombres: *«He visto al Señor y me ha dicho tales cosas»* (Jon. 20,18). Pero no se olviden que el apóstol se deshace (por superficialidad o por cansancio) si no encuentra en el reposo del Señor (Me. 6, 30-31) la voz del Padre, y que el luminoso testigo de la Pascua necesita ser cotidianamente revestido con la fortaleza que le viene del Espíritu (Uch. 1,8). La Palabra de Dios se engendra en el silencio fecundo de María, la Virgen de la contemplación.

2. **Vivan en comunión.** Solo así realizarán la Iglesia como *«signo de la presencia del Señor»* (AG. 15). La Iglesia es esencialmente «comunión»: con el Cristo resucitado, con todos los miembros del Pueblo de Dios, con la humanidad entera y el cosmos «redimidos en esperanza».

Sean distintos (por temperamento, carisma y funciones); pero sean hermanos (una misma vocación, un solo Cuerpo, un idéntico Espíritu). Sientan el gozo de la diversidad fecunda en el seno del mismo Pueblo de Dios; pero superen, en la sinceridad del diálogo, en la autenticidad de la búsqueda serena, en el heroísmo de la caridad fraterna, las tensiones dolorosas que hoy sacuden a nuestra Iglesia. Que nadie se crea poseedor exclusivo de la verdad, ni condene fácilmente a sus hermanos. Que todos nos sintamos pobres y pecadores necesitados de la claridad de Dios y la ayuda fraterna de los otros.

Este espíritu de «comunión» debe inspirar, sobre todo, la esencial y estrecha vinculación de la AC con la Jerarquía. A través de los Obispos, participan todos de la consagración y misión apostólica de Cristo, el Enviado del Padre. No basta respetar y obedecer a los Obispos. Hay que amarlos sinceramente en Cristo, como a padres, hermanos y amigos. Lo mismo a los sacerdotes -animadores espirituales del laicado por cuya Palabra y Sacramento se congrega y realiza la comunidad cristiana del amor.

3. **Sean testigos de esperanza.** No *«profetas de calamidades»* (Juan XXIII). Todos sabemos que el momento que vivimos es difícil. Pero está lleno de la presencia del Señor resucitado y de la potencia transformadora del Espíritu. Es el momento de decir con el Señor: *«No se turbe el corazón ni se acobarde»* (Jon. 14,27).

No tengamos miedo. No contagiemos pesimismo o desaliento. Como si todo se quebrara en nuestra Iglesia o no hubiera más valores en el mundo. Como si los sacerdotes ya no fueran *«luz y sal»* o los laicos no fueran *«fermento o levadura»* entre los hombres. Se hace actual el reproche de Jesús en la tormenta: *«¿Por qué temen hombres de poca fe?»* (Mt. 8,26).



Siempre he hablado de optimismo y esperanza. Quizá alguien me acuse de idealista. No es que vea el camino despejado o el horizonte humanamente luminoso. Pero sólo entiendo el cristianismo desde el corazón de la cruz. Y la cruz es el comienzo de la Pascua. Este es el sencillo mensaje de Cristo a los desalentados discípulos de Emaús (Pc. 24,26).

Pienso, particularmente, en el «pequeño rebaño» de la AC. Sigo creyendo en ella. Con tal, sin embargo, que se deje transformar por el Espíritu de Pentecostés y se abra luego salvadora mente al mundo. Es decir, con tal que, en estos días, «con María, la Madre de Jesús» (Hch. 1,14), espere el Espíritu de la promesa, y se lance luego a proclamar, en el lenguaje distinto de los hombres, las invariables «maravillas de Dios» (Hch. 2,11).

Nada más. Me he extendido demasiado y no lo pretendía. Además, he tomado un estilo solemne. Solo quería decirles, en términos sencillos, cuánto me duele no estar ahora con ustedes, cuánto les agradezco el inmenso bien que me han hecho y cómo pediré estos días al Señor y a la Virgen (en cuya luminosa Pascua comienza la Asamblea) que los renueve plenamente en el Espíritu para que sean ante el mundo «testigos de la resurrección y de la vida de Nuestro Señor Jesucristo y signos del Dios verdadero» (LG. 38)

En el corazón pastoral del nuevo Asesor dejo esta querida Acción Católica Argentina que recibí hace tres años. A él y a su equipo de Asesores, a los nuevos Dirigentes Nacionales y al Señor presidente de la Junta, les auguro fecundidad en sus tareas.

A los que me acompañaron en mi pobrísima tarea -Dirigentes, Vice Asesores de la Junta y Asesores Nacionales- les agradezco con toda el alma y les pido disculpen mis innumerables limitaciones.

A todos los queridos Asesores y amigos de la AC los abrazo y bendigo en el Señor y María Santísima.

Mons. Eduardo F. Pironio

LOS ASESORES SON EL ALMA DE LA INSTITUCIÓN

Carta enviada con motivo de la XI Asamblea Nacional de AC y XIV Asambleas Federales de Asociaciones de AC. DOC-1. Buenos Aires: Acción Católica Argentina, 1970. p. 66-69

Algunas cosas que ustedes los asesores ya conocen, pero me gustaría confirmarlas por la experiencia que me dan los años y por la experiencia vivida en el trabajo con la AC:

✚ Amen mucho su sacerdocio, porque la animación de los laicos de la AC es una animación de tipo eminentemente sacerdotal y por consiguiente se trata de realizar el ministerio sacerdotal frente a esta providencial institución.

✚ Vivan con alegría su sacerdocio, la integridad de su ministerio a través de la Palabra, a través del sacramento, sobre todo de la Eucaristía y la Reconciliación. Traten de irradiar la alegría de ser sacerdotes, con lo cual irán despertando en los jóvenes nuevas



vocaciones sacerdotales.

✚Tengan confianza en el Señor. Confíen.

✚Amen a la AC, confíen en la AC, sigue siendo una institución providencial.

✚Amen muchísimo a los fieles laicos y háganlos vivir su itinerario de santidad dentro de una comunión eclesial, insertos plenamente en el mundo de las realidades.

Pablo VI decía: «*Los asesores son el alma de la institución*». Nos podemos entonces preguntar si a veces, esa especie de desaliento o cansancio no es algo que viene de nosotros mismos, tal vez, de nuestro propio ministerio, por eso la tentación de ir buscando cosas nuevas.

Pablo VI sigue diciendo que los asesores son «*los animadores espirituales de las diversas ramas de la AC*», es decir animadores pastorales, eclesiales, no se trata de una espiritualidad de barniz, sino de una profundización en el itinerario hacia la santidad.

Diría que, para ser así, alma de una institución, animadores espirituales se necesitan algunas dotes particulares:

✚Fe, mucha fe; fe y fidelidad al magisterio

✚Coraje, mirar al futuro, dice Pablo VI, y creo que, sobre todo hoy, en que los laicos van tomando cada vez mayor conciencia de su «ser» en la Iglesia, hace falta más esa perspectiva de futuro, ese coraje, que traducimos en esperanza teológica.

✚Que ese amor profundo a Cristo, a la Iglesia y a los laicos, se traduzca en la sencillez y en la alegría con que damos lo mejor que tenemos: nuestro tiempo.

✚Ser hombres de profunda oración. Los jóvenes, sobre todo, andan buscando maestros de oración. No basta que seamos hombres de oración, sino es necesario que seamos maestros de oración.

✚Lograr una muy buena formación teológica, en la línea de la Eclesiología de Comuni3n. Esta formaci3n teol3gica hecha, no de una manera intelectualizada, sino como sabidur3a, verdaderamente a lo contemplativo. Esto nos va a ir refrescando nuestro sacerdocio y va hacer que nuestra palabra sea m3s cre3ble.

Misi3n del Asesor de AC

Colaborar en la formaci3n de un laicado maduro.

Es necesario que el asesor forme a los laicos para la participaci3n, que tenga confianza en el laico. Una de las fallas con que siempre nos encontramos cuando trabajamos con laicos, especialmente en AC, es absorber lo que ellos tienen que hacer.

Yo creo que a veces perdemos un tiempo precioso de nuestro ministerio sacerdotal en aquello que deber3an hacer los laicos. Tendr3amos que abrirles espacios de participaci3n, pero no como concesi3n de nuestro ministerio sacerdotal, no, sino que deben participar sacramentalmente en la tarea evangelizadora de la Iglesia. Recuerdo al terminar el S3nodo del '87, que Juan Pablo II dec3a: «*Este S3nodo ha sido particularmente ejemplar, un modelo para lo que tienen que ser nuestras vidas cotidianas en las Iglesias, porque aqu3 ha habido muchos laicos presentes y realmente no han sido simplemente observadores, sino que han sido nuestros consejeros, nuestros asesores, ellos han*



actuado...»

De manera que se ha visto una real participación de los laicos, y el Papa dice: «...bueno, ahora trasladen ustedes esto a las diócesis, parroquias...».

Esto de formar laicos para la participación, es quitarles el miedo y la pereza, y la clericalización puede venir por esa pereza y ese miedo, o por la personalidad demasiado absorbente del asesor. Demasiado absorbente en la línea de la espiritualidad, del adoctrinamiento, ¿por qué no formamos laicos formadores?

Que la formación no sea exclusividad del asesor, de la religiosa, del obispo. Que la formación se realice a través de los mismos laicos plenamente formados en Cristo.

✚ Ser equilibradamente exigentes con los laicos. Cuando digo equilibradamente quiero decir evitar todo lo que sea una exigencia de dureza, o una exigencia de cierta comunicación de la propia personalidad. Ser equilibradamente exigentes con los laicos en la oración, en el estudio, el sacrificio, en la acción.

✚ Volver a los retiros, a los ejercicios espirituales, a la dirección espiritual, lógica mente a la confesión frecuente. Esto no ha pasado de moda, no. Y creo que el tener buenos militantes, buenos dirigentes exige un trabajo serio en lo espiritual. Me parece que tener una AC renovada en el espíritu, renovada en su inserción, en su espíritu comuniones, supone volver a retiros cerrados, a ejercicios espirituales.

✚ Educar para la colaboración con la jerarquía, con los obispos, con los sacerdotes, con los párrocos, con los distintos miembros dentro de la misma asociación, para la colaboración con todos los movimientos, asociaciones y grupos. O sea, educación para el diálogo.

✚ Hacer madurar y crecer la fe. Cuando *Christifideles laici* habla de la Nueva Evangelización, dice que tiende a recomponer el tejido cristiano de la sociedad, pero para eso hace falta recomponer el tejido comunitario de la Iglesia misma, o sea de la comunidad cristiana, que tiene que ser una comunidad madura en la fe. Una fe profesada en la adhesión a la verdad, una fe celebrada en el sacramento de la Eucaristía, una fe comprometida vivida en la caridad y la justicia. Cuantos, de nuestros cristianos, miembros de la AC, quedan empobrecidos en su fe, no es únicamente cuestión de iluminación intelectual, es cuestión de crecimiento interior, desde la conducción del Espíritu. Ser hombres disponibles, que no tienen derecho al tiempo; el tiempo es de Dios y de aquellas personas que Dios ha puesto providencialmente en el camino, y hombres de esperanza, es decir, que sepan crear cada día un motivo nuevo para creer en Jesús y para comprometerse en la transformación del mundo.

La formación de los laicos para la nueva evangelización

Quiero ahora señalar algunos puntos que hacen a la Formación (Cap. V de CFL)

Tenemos laicos, pero, no están bien formados, o no tenemos cómo formarlos o no sabemos cómo formarlos. Yo tampoco podría tener recetas para la formación, para una formación que es lenta pero profunda, insustituible, que es la formación cara a cara, persona a persona, a través de la transparencia misma de la vida. Pero hay una formación que se tiene que ir realizando constantemente a través de la propia comunidad, eclesial, parroquial o asociación. La AC es esencialmente escuela de formación para la santidad y para el apostolado. Habría que buscar escuelas de formación para el compromiso de los laicos en el mundo de la realidad temporal. A veces este aspecto no



ha sido bien cuidado.

Pero ¿qué les diría a los sacerdotes, asesores, en orden a la formación?: Una formación que sea origen de comunidades cristianas, maduras para la Nueva Evangelización.

LOS ASESORES DEBEN SER:

- **Primero:** Formadores para una auténtica eclesiología de comunión.
- **Segundo:** Formadores para un verdadero itinerario de espiritualidad. **Tercero:** Formación para el dinamismo de la Nueva Evangelización.

Primero: Formadores para una auténtica eclesiología de comunión, y esto me parece esencialísimo. Los que ya tenemos varios años, no hemos sido preparados suficiente mente, creo, para una eclesiología de comunión. En el Sínodo se subrayó mucho este punto. Un único Pueblo de Dios para una única misión salvadora.

Segundo: Formadores para un verdadero itinerario de espiritualidad, o sea formadores para la santidad. Creo que tienen derecho los laicos de AC; que se les descubran caminos exigentes, pero, simples, sencillos, cotidianos, de santidad.

Pablo VI decía que hoy se necesita de nuevo el paso de los santos, y él hablaba de la santidad cotidiana, o sea esa santidad que el laico tiene que vivir en su familia en su estudio, en su trabajo, etc. Una espiritualidad de crecimiento desde el Bautismo, a través de los sacramentos de la iniciación cristiana. Espiritualidad impregnada de la Palabra de Dios, profundamente bíblica, litúrgica, con real participación de los laicos en las celebraciones litúrgicas.

En esta formación del itinerario espiritual laical, se tiene que hacer concreto, cotidiano, el Evangelio.

Hacerles tomar el gusto por la Palabra de Dios, porque si nosotros somos hombres de oración, contemplativos, vamos a encontrar el modo concreto de abrirles el acceso al ministerio de la Palabra de Dios, junto a la contemplación de la Palabra de Dios.

El pontificio Consejo para los Laicos, publicó hace unos tres años, un pequeño librito que se llama "Doce proposiciones para la formación" y ahora va a publicar otro con proposiciones para una espiritualidad laical, hecho ciertamente de la iluminación de la Palabra de Dios, pero partiendo de las experiencias de los laicos mismos.

Formadores de una espiritualidad laical que tenga en cuenta las Bienaventuranzas, el mandamiento nuevo y la oración nueva: el Padrenuestro, pero recreándolo para la situación laical.

Tercero: Formación para el dinamismo de la Nueva Evangelización. No basta formar para una santidad estática, sino una santidad de compromiso, encarnada, de camino, de esperanza.

Dinamismo misionero: estamos al comienzo de la misión -dice el Papa en *Redemptoris missio*- aquí dice también que el Espíritu Santo es el protagonista de la misión que, si el laico no es un contemplativo, si el misionero no es un santo, no habrá misión.

Formadores para una nueva presencia en el mundo, presencia siempre evangélica,



desde la madurez y el crecimiento de la fe. Vivir en lo cotidiano de la cultura, de la comunicación social, del trabajo, de lo social, de lo político y económico.

Y finalmente formadores integrales, completos, es decir formación en lo teológico pastoral, espiritual, en lo social. CFL habla de esta formación integral.

Y añadiría una última exigencia en la formación, formar para la unidad interior entre fe y vida, que es tan importante. Cuando en los años 70, muchos grupos de AC quebraron, perdieron la riqueza y la madurez de la fe, se vaciaron en un temporalismo, lamentablemente, fue porque faltó esta unidad de fe y vida.

Nosotros tenemos que formar ahora laicos, de tal manera armonizados en la unidad interior, que no exista el peligro de tener cristianos que creen vivir su fe, pero descarnadamente de la situación en la cual se está viviendo o que al contrario se lanzan a construir temporalísticamente una sociedad nueva, dejando en la oscuridad la fe. Quiero terminar con lo que dije al comienzo: es necesario creer en la AC, querer a la AC, entregarse desde lo específico del propio ministerio.

No se trata de sustituir a los laicos, sino de darles aquella riqueza ministerial indispensable, única y original del sacerdote, del hombre de Dios, del contemplativo, para que los laicos puedan realizar bien su ministerio laical.

Que seamos verdaderamente sacerdotes, alegres, transparentes, fuertes en la esperanza y muy sinceros.

